

y que tiemble la estrella entre los pechos de la joven doncella si tú pasas.

Cuando el metal del tiempo te señale que has vencido lo eterno y ya la sombra hasta tu pecho avance su mensaje y despoje de lengua, luz y aroma, serán cenizas puras ya tus manos y siempre claridad será tu verso; tu música ha de dar luz a las lluvias, florecerán de amor tus dulces huesos.

Prueba en flagrante de que para ser poeta, necesario es tener carga que le lastre a uno el acento, que lo haga «residir en la tierra», muy al contrario de lo que piensan algunas personas con el crédito gordo de la salud. Nos hallamos malamente ahitos de embelecocos, de nardos, caracolas, campánulas y demás chucherías de baratillo: ¡no son otra cosa que regüeldos de inspiración ayuna!

«LIBRO» de *Eugenia Sanhueva*, Colección Orfeo, 1950

Primor editorial con sugerentes ilustraciones de Elena Poirier, lleva quizá esta denominación para que no se le tome por librito...

Son prosas poemáticas habitadas de esoterismo. Confluyen magia, religión, leyendas galantes, para que Eugenia Sanhueva evite la subjetividad de su mensaje por medio del símbolo, aherrojada en el mito.

Nada sabemos de esta nueva autora, cuyo «Libro» tiene dedicatoria definitiva: «A Enrique Lihn, caballero de él mismo». Es una profesión de ética: supone la exaltación de la persona frente a la masa, entraña yoísmo aristocratizante.

Prosa amable, correcta y hasta no exenta de elegancia por su aticismo sobrio. No creemos supere este pensamiento su estado larval. Nos parece que Eugenia Sanhueza disimula sus condiciones de escritora, que tiene el pudor de la revelación de sus vivencias. No presumimos de zahoríes, pero las adivinamos tan interesantes que quizá algún día determinen una novela, cauce femenino sobre todos los que la literatura ofrece.

«ROMANCERO RÚSTICO», de *Sylvia Moore*. Edit. Rapa-Nui, 1950.

Temblamos ante los romances, forma en que la poesía española culminara evidenciando las virtudes y los vicios de su idiosincrasia especialísima. Entre nosotros los hemos venido considerando de pega por lo común y su manifiesto artificio nos ha parecido el de un barroquismo chirle.

Pero este Romancero ya es otra cosa. Desde luego, es rústico, campesino, lo que le anticipa callos y varoniles durezas, en pugna con las redondeces y morbideces de ciertas composiciones almibaradas y de relumbrón.

Podríamos decir que el romancero de Sylvia Moore es criollismo en verso, toda vez que al hilo de este bello libro van articulándose los temas de mayor intensidad folklórica, los asuntos más acusados y sustanciales de la psicología popular. Porque estos poemas tienen argumento, como lo tuvieron los altos de Pezoa Véliz, padre del gran objetivismo estético en la poesía de Chile.

Son 21 romances, cuya lectura deleita e instruye a la vez, de acuerdo con el postulado clásico, y apenas